

en fechas sagradas para la Iglesia, con máscaras consideradas como fieles reproducciones de las africanas. Una de las prácticas más comunes fue la concentración de las celebraciones de distintos *orishás* en una fiesta oficialmente preparada para un santo católico. Toda esta actividad llevó, a finales del siglo XIX e inicios de esta centuria, al desarrollo de un sistema de elementos fundamentales en la *santería* y su culto.

La posterior secularización de estas asociaciones en bailes y desfiles que atraían a gran cantidad de blancos abrió a los negros la posibilidad de advocación de su santo patrono. En los comienzos del siglo XX muchas derivaron en sociedades de socorro mutuo o comparsas de carnaval como remedo del antiguo esplendor festivo, otros se convirtieron en casas-templo consagradas a un culto negro, respetando su antiguo santo cristiano.

El panteón de la santería cubana. La ceremonia

Los nombres de los *orishás* de la santería casi no se diferencian de los de los orígenes yoruba. Sólo son marcadas algunas diferencias fonéticas, seguramente debidas a la influencia de la lengua castellana. Con el traslado a Cuba, modificaron su asociación a determinados accidentes geográficos de sus lugares de origen, como los ríos o manantiales, para asumir un carácter más genérico y adaptarse a las nuevas circunstancias. Esas transformaciones permitieron que los *orishás* fueran identificados en la isla con nuevos fenómenos sociales, plantas, y animales, desconocidos por los africanos en su tierra natal.

El *orishá* más poderoso y creador del mundo de acuerdo con las creencias del culto sincrético de la *santería* cubana es Olofi. Es la personificación de la Divinidad, la causa y razón de ser de todas las cosas. Creó el mundo y todas las cosas que en él habitan. Primero formó a los santos y les repartió poderes para que crearan todas las cosas del mundo.

En el caso de los yorubas este Ser Supremo y el presupuesto religioso del inicio de la humanidad se divide o desgaja en tres entidades: como él mismo, Olofi, el Creador del mundo que se interrelaciona con los *orishás* y los hombres; una ley universal que toma nombre en el *orishá* Olordumare y; la energía vital del universo, el sol, que es el dios Olorun.

Olordumare es la manifestación material y espiritual del universo y sus elementos. Implica un ente, un símbolo de las leyes que rigen el mundo, de ahí que no se hable con él directamente, ni se le hagan ofrendas. No tiene seguidores, día de celebración, ni nada que lo identifique como a los demás *orishás*, porque es superior a todos. Pero su nombre no debe pro-

nunciarse sin antes tocar la tierra con las yemas de los dedos y besar en ella la huella del polvo. Está en todas partes.

El último integrante de esta especie de trinidad del cosmos yoruba es Olorun, representante del sol, la fuerza vital de la existencia. Es la manifestación más material de Olofi y Olordumare. Gracias a él se reproduce la tierra, hay día y noche, se mueven las aguas y los vientos, para que los caminos marquen la huella del paso del hombre en todas las estaciones.

Después de este grupo de deidades, que podríamos llamar primigenia, del origen y orden del mundo, se van desgajando otras divinidades. Un dios que viene a formar una especie de puente entre estos *orishás* y los santos, que podemos llamar más terrenales, en el sentido de que se relacionan directamente con la naturaleza y los hombres, es Obatalá. Es el dios encargado de crear al hombre y como a tal se reverencia. Cerca de él se hallan los otros *orishás*, que en algunos mitos figuran como sus hijos. Este Creador dio a cada individuo, antes de nacer, su rostro y carácter, pero la protección de los hombres está a cargo de los *orishás*.

Seguidamente viene un último eslabón que engloba a los *orishás*, a los cuales los hombres piden favores y consejos y de los que temen la cólera y el castigo. Una de las deidades más populares es Changó, señor del trueno. Su madre es Yemayá, la diosa de los mares. Changó se convirtió a su vez en soberano del reino de Oyo, el territorio donde vivían los yorubas. Sus esposas más importantes son Oyá Yansá, que preside las tormentas, Ochún, las aguas dulces, y Obbá, los lagos y lagunas.

Otros *orishás* significativos son los llamados cuatro guerreros, Elegguá, Ochosí, Oggún y Osún, los cuales tejen increíbles historias sobre amores y desgracias que caracterizan sus leyendas y a sus seguidores o creyentes. Tienen también una divinidad médica como Inle y un dios leproso que ayuda a los enfermos, Babalú Ayé. La tierra y la naturaleza están custodiadas por Orishá Oko y Osain; y hasta tienen unos gemelos maliciosos y penden-cieros, los Ibeyis, un dios de los recién nacidos, Dadá Obañeñe, y un gigante que vigila el mundo, Aggayú Solá.

La liturgia afrocubana tiene lugar en un templo o santuario llamado *ileocha*. Los oficiantes son los *babalawos*, nombre que en Nigeria designa a los individuos con funciones de adivinos. Los *babalawos* tienen como ayudantes a los *mayordomos* o *caballos de mesa*, y los adeptos son los *hijos del santo*. Cada *orishá* recibe un culto especial y se le consagra un día determinado de la semana.

Las ceremonias se realizan con toques de tambores y bailes o *bembés* que se ofrecen a los santos. En estas fiestas algunos de los creyentes que danzan caen en trance con los santos «subidos» y también adquieren otras

denominaciones, como «subirle el santo» o «bajarle el santo», «estar montado por el santo», «caer en santo» o «venir el santo a la cabeza».

Es un fenómeno tan antiguo como la humanidad misma que consiste en que el espíritu o divinidad toma posesión del cuerpo del sujeto y actúa como si fuera el dueño verdadero durante el tiempo que dura el trance. La persona pierde la conciencia de su personalidad habitual, se convierte en el médium del *orishá*. En estas sesiones el santo habla por su boca, es interrogado, se le piden consejos y regaña si es necesario, pues los santos toman cartas en todos los aspectos de la vida de sus hijos.

Los santos en muchas ocasiones piden sacrificios de animales. Determinados animales son considerados protectores o totems que exigen los santos por medio de los sistemas adivinatorios de *Ifá* y los caracoles que utiliza la santería. Servirlos bien contenta al santo y reporta beneficios al hogar. En cambio, los santos airados envían enfermedades y calamidades.

Se utilizan igualmente las «misas espirituales», que consisten en toques de tambores con sacrificios de aves y animales para tener contentos a los muertos y dar luz a las almas descarriadas. Esto no anula en lo más mínimo la misa católica por el descanso de un alma, sino que son complementarias por orden de los mismos *orishás*, en un perfecto sincretismo.

Muy cerca de los *babalawos* está el *orishá* Orula, al que sólo ellos pueden acceder. Su especialidad es ayudar en los problemas más graves concernientes a la salud.

Orula es un dios mayor, benefactor de los hombres y el único conocedor de los secretos de *Ifá*, el oráculo supremo, en torno al cual se teje el complejo religioso de la *Regla de Ochá* o santería. Quien no acata sus consejos y disposiciones puede ser víctima de la mala suerte y la desgracia.

El *Tablero de Ifá* consiste en una tabla redonda para la adivinación, un círculo de madera de unas catorce pulgadas de largo. Uno de sus bordes está labrado y tiene cuatro puntos marcados en los extremos, de dos diámetros perpendiculares que representan las cuatro esquinas del mundo, los puntos cardinales. Estos cuatro puntos cardinales están representados por deidades: el norte es Obatalá, el sur Oddúa, el oeste Echu y el este Changó.

Sobre una estera se coloca el *tablero* y también el *babalawo* que permanecerá siempre de espalda a la pared. Frente a él se sienta el que se va a consultar para conocer su presente, pasado y futuro. También se va a conocer cuál es el santo de cabecera del consultante, el que lo rige y al que debe consagrarse. Puede darse el caso de que de la adivinación salga la orden que esa persona debe hacerse *babalawo*. A este trabajo se le llama *registrarse* o hacerse una investigación.

El consultante, al colocarse frente a este sacerdote se pone sobre las rodillas una toalla en la que coloca el *ékuele* del *babalawo*, la otra pieza

que se requiere para la adivinación. El *babalawo* toma varias semillas muy específicas, generalmente de corajo de palma, las cuales son lavadas con agua preparada con yerbas, para después cogerlos y soltarlos con la mano derecha en el tablero. Se cuentan las semillas que quedaron en la mano y se va rayando sobre unos polvos mágicos que el *babalawo* previamente ha esparcido sobre el *Tablero de Ifá* y que sirve para marcar las letras que componen el sistema adivinatorio y que el sacerdote del culto va descifrando.

Ceremonial sincrético

El misterio que rodea a todo ritual religioso difícilmente puede tener mayor densidad que el de los cultos afrocubanos. Los creyentes, viven a la expectativa del genio y humor de sus *orishás*, son el juguete de fuerzas oscuras que intervienen impunemente en sus destinos.

Para conjurar, buscar los favores o hacerse perdonar por los *orishás*, el santero tiene un sinnúmero de instrumentos característicos de cada santo. El rito comprende desde bailes, sacrificios y ofrendas que se le consagran hasta atributos o herramientas que son los símbolos del *orishá* en cuestión y los famosos collares. Un dato importante es que a los santos afroamericanos se les deja comida como las velas a los cristianos.

Las fiestas religiosas o «toques de santo» se inician en muchos lugares con un rosario cantado frente al altar de los santos. Una vez que se ha «cumplido» con estas deidades, les toca el turno a las africanas; entonces, los creyentes visten los colores del santo de su devoción y se deja sentir el tambor.

Gran importancia tiene dentro de los cultos negros la celebración de la Semana Santa cristiana. En Cuba, el Jueves y Viernes Santo, los *babalawos* guardan luto, visitan iglesias y cementerios y se abstienen de ejercer sus funciones, ofrecer comida o encender velas a los *orishás*, que son cubiertos con telas negras. Dicen que el diablo anda suelto y se quedan sin dios.

Pero antes de salir el sol del Sábado Santo van todos a saludar a la ceiba, considerado árbol sagrado, como explica una vieja santera: «Ese día, como Dios ha estado muerto, resucita, las yerbas tienen más *aché* y curan y fortalecen». ¿Jesús no nace en el monte sobre un montón de yerba, y para irse al cielo a ser Dios no muere en un monte, el monte Calvario?

De ahí la gran importancia que adquieren en el ritual las plantas, sea la ceiba o la palma real, por ser los árboles más característicos de la isla, vistos como algo místico. Incluso para los chinos llegados a Cuba en la época colonial, la palma es el trono de Sanfan Kon, la misma Santa Bárbara en China.